

INTRODUCCIÓN

La principal ocupación de san Juan de la Cruz (1542-1591) durante su vida adulta fue la atención a personas que buscaban sentido y consistencia a su vida, a quienes supo orientar hacia su interioridad. Su magisterio fue extenso y realizado con los recursos de su palabra y sus escritos.

En su obra escrita trata la *paz* y en su vida fue siempre hombre de *paz*, pero sobre todo en circunstancias especialmente difíciles. Son razones para acercarnos a su vida y a sus escritos buscando sus enseñanzas sobre la *paz*, muy valiosas para la sociedad actual. En el presente hay circunstancias violentas, sobradamente conocidas, que necesitan luz. También hoy ha aparecido el fenómeno de los nuevos místicos, personas, en número cada vez mayor, que buscan sentido a su vida y recurren a fuentes, tradiciones y modelos de vida en donde apoyarse.

Hemos querido tener un conocimiento mayor de su persona, de su manera de gestionar los conflictos, de algunas de las influencias espirituales, sociales y religiosas, con el fin de descubrir mayor hondura en su pensamiento sobre la *paz*, del que se puede extraer, si tomamos en consideración sólo sus escritos.

Mucho se puede decir sobre el extraordinario reconocimiento del que ha sido objeto su persona y su obra. El valor de sus enseñanzas está atestiguado por aquellos que recibieron la ayuda de su consejo: monjas y frailes, carmelitas sobre todo, pero también sacerdotes, seglares, gente sencilla del pueblo y profesores, jóvenes y mayores, hombres y mujeres, cuyo conocimiento nos ha llegado principalmente a través de los *Procesos*; pero su magisterio no quedó fosilizado en el pasado. Su importancia ha sido reconocida universalmente después de su muerte,

por la valoración que se ha hecho de sus escritos y por el reconocimiento de que su vida fue la de un hombre santo.

A sus enseñanzas han recurrido, a través del tiempo, gentes de todos los continentes, y de todas las culturas y credos, no importa que sean de fe musulmana, judía o budista, o incluso de aquellos que se sitúan fuera de la fe, agnósticos o ateos. Estas enseñanzas son las que están sintetizadas en sus escritos. Su influencia ha traspasado el espacio de los conventos y el de su tiempo, el siglo XVI, pues a cuatro siglos de su muerte sigue siendo un indiscutible maestro y sus propuestas útiles hoy. Esta actualidad de su magisterio es lo que quería expresar el Papa Pío XI proclamándolo Doctor de la Iglesia el 24 de agosto de 1926. Y el mismo Juan Pablo II, cuya tesis doctoral en Teología versó sobre «la fe en san Juan de la Cruz», reconoce, con motivo del IV centenario de su muerte, que «su doctrina es actual» y «su magisterio de alcance universal».

Asimismo, artistas como Antonio Oteiza, que ha tenido el mérito de expresar en esculturas muchos de los conflictos de la vida de Juan de la Cruz; y el recientemente fallecido Eduardo Chillida, quien lo reconoce inspirador de su sentido artístico sobre la paz. Entre los místicos, sobresalen los actuales maestros de zen católicos, el jesuita Enomiya-Lassalle, el benedictino alemán Willigis Jäger y la española Ana María Schlüter Rodés entre otros, que equiparan las enseñanzas sobre la vida interior de los Maestros zen-budistas con las de Juan de la Cruz y el Maestro Eckard, con lo que esto significa de facilidad de comprensión para la búsqueda de los actuales místicos occidentales y, sobre todo, los españoles.

En el aspecto socio-religioso es necesario resaltar la importancia e influencia que le reconocen Charles de Foucauld y René Voillaume, fundador e impulsor, respectivamente, de diferentes congregaciones religiosas de vida contemplativa, cuya nota más sobresaliente de su carisma está en vivir la pobreza religiosa inspirada en la vida de los pobres y los obreros sin cualificación profesional, que los sitúa en la amistad e igualdad —cualidades fundamentales de la paz— que da la vecindad entre sus compañeros y vecinos, creyentes o no-creyentes. El filósofo Jacques Maritain lo compara con santo Tomás de Aquino, uno, doctor del saber indecible y el otro del saber comunicable.

Tan inabarcable es la bibliografía sanjuanista, que una publicación reciente, que pretende hacer una relación completa de ésta, habiendo aportado un incalculable servicio a la investigación, no ha conseguido su

objetivo en toda su amplitud, ya que hemos podido utilizar bibliografía que no aparece en esta obra. Aspectos sanjuanistas estudiados hasta el presente son: su obra poética, sus enseñanzas de ascética y mística, y el valor ético de su vida ejemplar como religioso y reformador.

Sus obras fueron conocidas y valoradas por sus contemporáneos, pero fue después de su muerte cuando empezaron a ser publicadas y tomadas en su cabal consideración. En España se publicaron sus escritos, a excepción de *Cántico*, por primera vez en 1618, y desde entonces han sido ininterrumpidamente reeditados. Ya en 1703 llevaba incluido *Cántico*. Bruselas se había adelantado a España en la publicación de *Cántico* en 1627. Desde entonces las traducciones y publicaciones a todas las lenguas han sido interminables. En la actualidad sus escritos gozan de un interés extraordinario como objeto de investigación, de manera que con frecuencia se realizan tesis doctorales sobre los más variados aspectos de su persona y de su obra.

La *paz*, con ser un componente fundamental de su manera de concebir a Dios y las relaciones humanas entre sí y con Dios, no había sido objeto de investigación hasta el presente. Existen muy pocas publicaciones sobre la *paz*. Este vacío puede deberse a que los autores místicos centran la vida espiritual en la búsqueda de Dios, y todo lo que no es Dios queda fuera de esta tarea. Obviamente la *paz* queda en el hombre y por lo tanto no se puede reconocer, según este criterio, componente fundamental de la vida mística. Con este criterio queda oscurecida la atención a la *paz* como fruto espiritual y excluidas todas aquellas experiencias interiores de *paz* de quienes no tienen, expresamente formulada, la motivación de Dios en su búsqueda espiritual.

Juan de la Cruz, y la mayor parte de los escritores místicos, describen el camino que lleva al interior de la persona, y en ese interior afirman que se realiza el encuentro personal con Dios y de ese encuentro interior brota la *paz*, como de su fuente. Serán las necesidades espirituales de nuestro tiempo las que nos sacarán de la inercia del pasado, y nos proporcionarán unas nuevas claves de lectura de los escritos sanjuanistas.

Que la *paz* es una realidad mística no se puede dudar. Ha estado presente en todos los que han emprendido su búsqueda de Dios, aunque no haya estado en el primer plano; pues si no estuviera presente la *paz* en la experiencia mística, no hablaríamos de mística, sino de teología o de teodicea. Si antes se podía afirmar, sin la menor duda, que era Dios la intención esencial de los místicos, en nuestra época

se ha dado un cambio —sea sustancial o sea sólo de acentos o simplemente de formulación— en esta búsqueda mística, pues junto a los que buscan abiertamente a Dios, están los que buscan expresamente la *paz* interior, sin referencia a Dios. Este ingente número de buscadores de la *paz* personal y del sentido de la vida, nos permite afirmar que la *paz* está en el objeto esencial explícito de los que emprenden, en serio, su búsqueda espiritual.

Podemos reconocer en los escritos de san Juan de la Cruz matices y descripciones originales sobre la *paz*. También existe novedad en la metodología para llegar a ella, pues ha descrito el itinerario hacia la *paz* personal, para alcanzarla, para protegerla y para mantenerse en ella. Nunca se le agradecerá suficientemente su aportación sobre la *paz*, tanto desde la mística de los buscadores de Dios en su interior, como de aquellos que están comprometidos en vivir enraizados en lo más profundo de sí y por lo tanto en la *paz* que les brota del interior de su persona, aunque no partan de la fe.

Nuestra reflexión la haremos a partir de la Teología y de la Investigación para la Paz y los Conflictos. Estamos convencidos de ampliar el campo de la Historia de la Cultura de *Paz*, que es también lo que pretende este Instituto. Su metodología nos proporciona unos conceptos clarificadores sobre los conflictos, la *paz* y la violencia, con los que nos ayudaremos para una lectura de la vida y de los escritos de san Juan de la Cruz

La Teología nos permitirá adentrarnos en el pensamiento de san Juan de la Cruz, sacar el máximo provecho y nos facilitará, en buena medida, la fidelidad al autor y a sus enseñanzas, pues él mismo fue teólogo. Su planteamiento sobre Dios y su comprensión del hombre, responden a unas categorías que proceden de los conceptos de la teología propia de su tiempo y de sus experiencias personales. Será desde dentro de esta manera de pensar, como podremos comprender su mensaje satisfactoriamente y ver cómo se puede considerar dirigido a cualquier persona que esté comprometida con la vida interior, aunque aparezca como si estuviera restringido al estamento social de los religiosos. Enseña en qué consiste la vida interior, ofrece los recursos ascéticos, necesarios para alcanzar esta meta, como son la actitud de renuncia ante las cosas, la ayuda de un buen maestro, la relativización de las dificultades y éxitos durante el proceso.

En Juan de la Cruz se da una buena preparación académica, que le permite formular y transmitir fácilmente su experiencia espiritual.

La formación teológica, recibida en la Universidad de Salamanca es escolástica, científica, o catafática, y a lo que él, como maestro, lleva a sus discípulos es a la experiencia mística o apofática. Realiza así una síntesis de lo que eran dos maneras distantes y distintas de hacer teología en su tiempo, cada una de ellas por su lado, la teología racional escolástica y la teología mística, uniendo en un saber las dos formas teológicas que andaban divorciadas. Estas dos ramas del saber teológico aparecen en sus escritos con las referencias expresas a dos figuras que representan cada uno de estos enfoques de la teología: Tomás de Aquino y Dionisio Areopagita.

Entre la enseñanza y la vida de san Juan de la Cruz existe gran coherencia. Con sus escritos se propone, ante todo, organizar la vida cristiana con eficacia, valiéndose para ello de una orientación ordenada de los diversos elementos que la integran. A la hondura teológica se añade el carácter vital. De algunos conceptos fundamentales de su pensamiento, como son Dios, alma, pecado, demonio o ascética y mística, tan importantes en sus escritos, nos ocuparemos en los capítulos, tercero, cuarto y quinto.

En su antropología raramente aparece la palabra hombre en el sentido fuerte y compacto que hoy le damos. La persona humana aparece dividida en dos, la parte superior, anhela la comunicación con Dios y la inferior que, por no entender nada espiritual, estorba al espíritu y no lo deja gozar en la paz. Pero el destino de estas dos partes es la mutua reconciliación. La unidad se consigue gracias a que cesa la fantasía, a que se mete en razón la ira y la concupiscencia, a que se ajustan las potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad, a sus objetos, esperanza, fe y amor, y a que se mitigan las cuatro pasiones, gozo, esperanza, dolor y temor. El ser humano unificado consigue vivir en *paz y tranquilidad, en suavidad, deleite y fortaleza*. Esta unificación es sólo el principio de una vida de paz, amor y gozo sin límites, aunque todo de una manera *imperfecta* ya que *el fuego del amor no está en extremo encendido*, pues lo perfecto está en una vida más allá de la muerte, en la que *este fuego está como horno encendido en perfección de amor*. Entonces será la *visión de paz*, pero ya en esta vida el ser humano llega a disfrutar de tanta paz, que lo compara a un edificio hecho de paz. Esta plenitud de paz desborda en el ambiente exterior en el que se desenvuelve su vida, por las virtudes.

Alma se identifica con el mismo ser humano, en la integridad de su ser y de sus funciones. La equivalencia alma-persona es constante.

Es el sujeto donde reside la *paz*. También aparece en otras ocasiones como elemento espiritual superior de la persona, la meta hacia donde se dirige la tarea ascética, el lugar donde se realiza el encuentro con Dios en los niveles humanos más profundos.

La voluntad humana es insustituible en la consecución de la *paz*, y esta intervención se expresa con su determinación y fidelidad en la búsqueda y en el ejercicio de las virtudes en su proceder diario. El compromiso que la persona tiene a favor de la *paz* se concreta favoreciendo la soledad, frenando los apetitos, olvidándose de las cosas, viviendo con moderación y con libertad de espíritu. Un texto de *Cántico* deja patente el valor del esfuerzo humano en el asunto de la paz: *La palomica del alma no solo vuelve ahora al arca de Dios blanca y limpia como salió de ella cuando la crió, más aun con aumento de ramo del premio y paz conseguida en la victoria de sí misma*. La expresión *aumento* hace referencia a un mérito que la sitúa en superior estatura a la que tenía cuando salió de la mano de Dios. El ser humano es comerciante de los bienes que posee, y crece su caudal por la elección buena. Hasta llegar a ser enteramente *paz*, con esta *paz conseguida*. El camino de la vida del hombre puede representarse como la trayectoria elíptica que tiene a Dios como «foco atractor».

Su sistema espiritual recibe sólida base de la antropología filosófica que él utiliza. El mensaje religioso mantiene validez aunque lo escuchemos desde posiciones filosóficas diferentes, lo que demuestra que en buena parte se apoya en elementos esenciales y comunes. Existe una ley de asociación. La variedad tiende a la unidad e interacción por razón del único sujeto en que se sustenta. A los dos grandes bloques, sentidos y espíritu, se llega con relativa facilidad en el camino de la unificación psíquica. Los sentidos se ayudan y armonizan por su propia inclinación, al igual que también se entienden entre sí las potencias espirituales. La diferencia entre espíritu y sentidos forma parte de la naturaleza. Los dos sectores se enfrentan en un antagonismo feroz. La unificación es tarea larga y de duro esfuerzo. Sólo a través de una crisis consigue el hombre superar el dualismo fatal y hacerse él mismo en la unidad del espíritu. A ello se dedica sustancialmente el largo proceso de la vida espiritual.

No se da en el ser humano sensualidad pura ni espíritu puro, es psicofísico en su conjunto y en cualquiera de sus partes. En los primeros pasos de la vida interior, anhela el espíritu tener a su plena disposición y dominio de los sentidos y no logra asirlos. Al final, desea lo contrario,

abandonarlos y romper la urdimbre del tejido humano, pero tampoco lo consigue: alma y cuerpo son inseparables. Por eso resulta imposible la armonía, porque ambos aspiran a dominar el conjunto. El antagonismo entre espíritu y sentidos es penoso, porque representa la lucha del ser humano contra sí mismo.

La severidad con la que procede san Juan de la Cruz no se debe a descontento de que el ser humano esté hecho así, sino de insatisfacción, que no quiere decir que esté mal hecho, sino que no está terminado, que hay un amplio margen dejado por Dios a la libertad humana. La armonía interna del ser humano se consigue trabajosamente y por grados. En un primer momento dio como resultado la unión de los sentidos al espíritu, para sufrir la dura purgación del espíritu, de esta unión saldrá lo que es su meta: la unión del ser humano con Dios.

Demonio tiene en nuestra época unas resonancias diferentes y una repugnancia, que para san Juan de la Cruz y para su tiempo no las tenía. Lo que entiende por demonio le viene de las enseñanzas catequéticas recibidas en la infancia y de los estudios de la teología. Los demonios son seres espirituales, cuyo origen está en las narraciones bíblicas de la caída de los ángeles, no en la existencia de un mal primero. Todo lo malo que existe tiene su origen en la decisión libre de la criatura —ángel o ser humano— y es, por tanto, finito y temporal. A pesar de la oposición que el demonio tiene al Reino de Dios, que constituye el núcleo de las enseñanzas del Nuevo Testamento, aparece vencido por la redención de Cristo. Juan de la Cruz admite su existencia, su jerarquía y que actúa como corruptor humano, interfiriéndose en su camino espiritual. Estas interferencias tienen mucho que ver en contra de la paz.

En cinco textos, en los que parecen unidos *paz* y demonio, refiere que el demonio es enemigo de la *paz* del hombre y acecha a éste para sacarlo de ella por envidia de esa *paz*, que disfruta en la contemplación, que es donde el ser humano goza de *paz*; pero en este lugar interior de *paz* no puede entrar el demonio. Estas afirmaciones, de que ese refugio de seguridad y de *paz* es infranqueable para el demonio, están escritas con el fin de aclarar que en ese lugar está sólo Dios y así dar seguridad al hombre en sí mismo. Sinónimos de demonio en sus escritos son: *Adversario*, *Émulo*, *Maligno*, *Satanás*, *Aminadab* y *Enemigo*.

Maestro espiritual y mistagogo son dos maneras de expresar la tarea de acompañar a otros en su camino espiritual, a los que se les conoce como discípulos. Es grande la necesidad de un guía espiritual, con experiencia para andar el camino místico; pero también puede ser grave

el daño que se puede hacer a estos seguidores, si no han experimentado ellos mismos el camino místico.

Místico y mistagogo tienen una misma raíz semántica: el misterio vivido y reavivado en otras personas. Mistagogo es quien ha hecho la experiencia de Dios y acompaña en su camino a quien lo hace de nuevo. La ayuda consiste, más que en darle normas, en ponerle ante Dios. El componente mistagógico entra en sus escritos en proporción muy elevada. El hecho de escribir, el clima en el que nacen sus escritos, los destinatarios, la selección de temas, su desarrollo, el lenguaje, todo está orientado por la finalidad mistagógica. La razón por la cual sus escritos llegan al lector tan directamente es por su condición de místico, teólogo y mistagogo: recibe la gracia, la entiende y la sabe comunicar.

Existe relación entre el proceso espiritual personal y la *paz* de estas personas. Se puede romper o favorecer esta *paz* por la intervención que sobre el proceso tiene quien ejerce como maestro espiritual sin experiencia. Los maestros ineptos de aquel tiempo pudieron estar motivados por las circunstancias de una incultura más generalizada entre los que ejercían como tales. Sus enseñanzas sobre este oficio tienen un conjunto de matices que las hace universales en el tiempo e incluso en las diferentes confesiones religiosas.

En *Llama de Amor Viva* dice que hay maestros espirituales que confunden el *recogimiento quieto y pacífico* con tiempo perdido, dirigiendo su ayuda en procurar que medite y busque el fervor sensible. Para Juan de la Cruz es sacar al alma de la *paz* y quietud interior a la cual ha llegado como fruto de la fidelidad al camino interior silencioso. Este proceder es la primera señal de que hay que prescindir de su ayuda, porque enredan en lugar de ayudar a la *paz*, afirmando de su trabajo que meten *su tosca mano donde Dios obra*. En cambio, con la ayuda de un experimentado maestro, se arriba en el fondo de sí donde reina la *paz*, y donde Dios mismo es el Maestro que guía directamente al alma.

Inciden muchas variables procedentes de la complejidad humana, de la riqueza sobre la ya larga cultura de la *paz* y de la pluralidad de disciplinas que componen el saber y el actuar de esta época. Abordarla sabiamente da cierta perspectiva unitaria donde se pudiera comprender esta pluralidad de desafíos y de donde proceda la energía para hacer efectivo el empeño de canalizar todo este compromiso por la *paz*. Esta perspectiva quizás podríamos obtenerla desde lo que algunos investigadores llaman una «matriz comprensiva e integradora de la *paz*» que

incluyese los ejes del conflicto, la violencia y la paz, las mediaciones y el empoderamiento pacifista. Estando todos ellos interaccionados en la realidad y la práctica social.

El conflicto ha acompañado a la especie humana desde su principio. La vida se puede considerar como la tarea de dar soluciones a los conflictos que se van presentando. El que la vida sea conflictiva no quiere decir, por ello, que sea violenta. La hacemos violenta si resolvemos el conflicto de una manera violenta, igual que hacemos la vida pacífica aportando soluciones pacíficas a los conflictos. La *paz* y la violencia son los dos caminos posibles —el primero favorable a la humanidad y el segundo destructivo de ésta, en mayor o menor grado— de resolver los conflictos que continuamente presenta la vida personal y colectiva. No existe vida sin conflicto, pues la conflictividad, que brota de la aspiración a cubrir las necesidades personales y sociales, es lo que favorece el crecimiento de la humanidad. La paz es el resultado de la gestión positiva de los conflictos, en la que se satisfacen las expectativas de las personas y los grupos implicados, se colman al máximo, dentro de las posibilidades, sus intereses o sus necesidades. El conflicto está presente en todos los órdenes de la vida humana, de manera que se puede decir que son una fuente de vida y de creatividad, si se toma la opción pacífica. Esta paz ha sido durante millones de años la garantía de la supervivencia.

Pensar desde una «paz imperfecta» lleva consigo una preocupación constante por mantener la paz, que es siempre perfectible. Esta actitud nos aportará el móvil ético, la directiva científica, y la exigencia de que la *paz* sea abordada como campo multi, pluri y transdisciplinar. La aceptación del concepto de «paz imperfecta» ha significado un progreso grande en el estudio de la *paz*. El reconocimiento de la *paz* como un proceso inacabado, da realismo a nuestros análisis de las situaciones de *paz*. Intenta conciliar los medios con los fines, y así acerca el futuro deseado a la práctica del presente. Se aleja del sentido utópico, pero gana en realismo y pragmatismo, en cuanto que la transformación de la realidad no depende sólo de grandes convulsiones revolucionarias, sino de la cotidianidad. Este enfoque de la *paz* libera de interpretaciones simplistas de «buenos y malos» y nos permite reconocer en los actores de los conflictos realidades de *paz*; y la «imperfeción» nos acerca a lo humano, donde es posible la convivencia de aspectos positivos y negativos, de aciertos y errores. Tal como la presenta san Juan de la Cruz, es también un proceso ilimitado de pacificación del hombre.

La violencia es uno de los aspectos de nuestras vidas que más nos preocupa; si no existiera, probablemente ni siquiera hablaríamos de paz. Deconstruir la violencia, exige comprenderla lo mejor posible para orientar las acciones hacia la *paz*, desde las raíces de la misma violencia, reconociéndola como fenómeno completamente humano, con raíces en la propia evolución somático-cultural de los homínidos. Esta explicación unitaria de la violencia incluiría sus aspectos estructurales, culturales, simbólicos y filogenéticos.

Las «mediaciones» son una manera de dar a la consecución de la paz un sentido realista. Si bien es verdad que ante los conflictos sólo cabe la salida violenta y la pacífica, pero la paz no depende únicamente de la bondad de las partes, sino que están en juego otros aspectos de comprensión de la realidad, de la situación en el conflicto, de las ventajas y pérdidas, etc., circunstancias que matizan y dificultan la espontaneidad de la elección pacífica. La «mediación» es un lugar —persona o creencia—, que moviliza, da fluidez, conocimiento y tiempo para que el conflicto pueda desembocar en la solución pacífica, reduciendo la violencia hasta llegar a dominarla. El mediador es un tercero neutral en la disputa que persigue el establecimiento de acuerdo entre las partes. El mediador puede encontrar puntos de acuerdo cuando las partes desconfían entre sí. La mediación se suele utilizar en conflictos muy variados sean personales, familiares, laborales e internacionales.

La mediación es un tipo de negociación en que las partes en conflicto siguen las sugerencias de un tercero durante el proceso de establecimiento de acuerdos, pero las decisiones y compromisos siempre los establecen las partes. El «mediador» favorece la comunicación, la comprensión de las posiciones y sentimientos mutuos, el análisis de las pretensiones incompatibles, y que desarrollen una solución aceptable, pero a diferencia de los árbitros, que escuchan a las dos partes y luego imponen una regulación, el mediador no tiene autoridad para tomar decisiones. No es recomendable cuando existen sustanciales diferencias de poder entre las partes, pues se puede favorecer a una; ni cuando los problemas afecten a colectivos, pues no está garantizado que alguno vaya a seguir otro camino, por ejemplo el del arbitraje; ni cuando se han producido ya comportamientos delictivos. La mediación reguladora de san Juan de la Cruz está clara en su tarea reformadora del Carmelo, pues ésa es la misión de volver a las fuentes de la Orden para actualizar el primitivo espíritu religioso y la de favorecer el proceso de reforma de la rama femenina.

En la vida, la *paz* y la violencia, conviven muy cercanamente en espacios comunes e interactúan frecuentemente, por lo que se hace imprescindible estudiar los espacios —mediaciones— donde los conflictos se dinamizan hacia una vía u otra de salida, y las interacciones que se producen entre conflictos, escalas, dinámicas y vías de regulación.

Lo primero que nos preguntamos de la paz sanjuanista es si se trata de paz social o personal. Él no ha formulado una teoría sobre la paz; lo que se ha podido comprobar es que las relaciones mantenidas con los que ha tratado han sido pacíficas, naturales y sin afectación. Su sistema es acceder a la interioridad donde está la paz y de este encuentro brota la pacificación de todas las instancias de la propia persona y como fruto el saneamiento de las relaciones con los demás y con las instituciones y tareas con las que la persona está en contacto. Todo lo que de la paz se puede hablar pasa por el abismamiento en el propio interior, del que mana la paz, como si de una fuente se tratara, pacificando a toda la persona, y sus relaciones.

«Empoderamiento pacifista a través de la no-violencia», significa reconocer, de una parte, la regulación pacífica de los conflictos y, de otra, la «no-violencia» como filosofía y metodología del cambio social a lo largo de toda la historia e intentar que ocupen el mayor espacio tanto personal, grupal y planetario, y en las esferas privada, pública y política. Con esto se contempla el horizonte normativo de la «Investigación para la paz»: Todos los espacios en los que se practique o exista la paz que ocupen el mayor espacio posible personal, público y social. Sin duda san Juan de la Cruz es no violento, y su tarea, tan amplia y diversa, estuvo dedicada a que la paz ocupara un puesto cada vez más relevante en la persona, en los ambientes conventuales, en las estructuras religiosas.

También a las relaciones de género llegamos de mano de la vida de Juan de la Cruz, marcada por la presencia de la mujer. Surge en cada faceta de su personalidad y nos sale al paso de cada una de sus pisadas por tierras de Castilla y de Andalucía. 311 nombres de mujeres están especialmente vinculadas a fray Juan por lazos familiares, sociales, espirituales, culturales, literarios o artísticos. La Reforma del Carmelo masculino que inicia san Juan de la Cruz, arranca por la petición que le hace santa Teresa, que ya había iniciado la Reforma de la rama femenina. No consta que él hubiera tenido la más remota intención de hacerlo, pues pretendía en ese preciso momento apartarse del Carmelo, para hacerse cartujo, que es lo que a su parecer correspondía mejor a lo que estaba viviendo en ese tramo de su camino espiritual.

Vivió la Reforma en ambas partes, siguiendo y afianzando la masculina y atendiendo espiritualmente la femenina. Si Teresa de Jesús acudió a Juan de la Cruz fue por considerar la aportación de éste necesaria para que fuera completa su reforma. Su apoyo a la Reforma teresiana fue total, no sólo espiritualmente, sino que abarcó todos los aspectos humanos y organizativos, acompañamiento en las fundaciones, preocupación hasta de su mantenimiento en momentos de carencia económica. Por ellas y con ellas anduvo a pie muchísimos kilómetros; dejó puestos de responsabilidad social y de la Reforma masculina para atenderlas, convencido de que este compromiso formaba parte importante de su vocación en la Reforma del Carmelo.

Si hay que reconocer que emprendió junto con la madre Teresa la Reforma femenina, igual se debe admitir que la reforma masculina llevada a cabo por Juan de la Cruz tiene la inspiración, el sello y hasta las directrices de santa Teresa. Son ambas empresas el resultado de los dos, cada cual en su medida en cada una de ellas. Cuánto cuidado por las necesidades de todas ellas, cuánta libertad de comunicación de sus dificultades personales, cuánta sabia comprensión por parte de este verdadero mistagogo y cuánta amistad sincera entre Juan y algunas de ellas, verdadero descanso en su esforzada vida.

Esta íntima implicación en la Reforma teresiana da respuesta al reproche que por parte de algunos se le hace a que Juan de la Cruz deje el puesto de Rector del Colegio de los estudiantes de teología que acaba de iniciar la Reforma en Alcalá, para ir a atender a las monjas de la Encarnación de Ávila. Igual que los muchos viajes que emprende desde Baeza, donde está igualmente de Rector de los estudiantes Descalzos de esta ciudad, para acudir a las necesidades de las monjas en Beas o en Caravaca, o para acompañar a las que desde Ávila vendrían a fundar a Granada.

También las monjas lo acogieron con total sinceridad, contaron con él en todos sus problemas, y colaboraron con él, por ejemplo, llevando sus escritos más allá de las fronteras españolas, de manera que gracias a la difusión que las Carmelitas hicieron, el *Cántico Espiritual* fue publicado en el extranjero antes que en España. Leída esta cooperación con categoría de hoy, podemos ver reflejado el proyecto que defiende el feminismo pacifista actual: que la mitad de la humanidad pueda contribuir con su experiencia y valía a la construcción de la sociedad, que en el caso presente, la iniciativa parte de la mitad femenina y la mitad masculina lo hace suyo, llevando a la unificación del proyecto humano.

De otro lado, existen muchas correspondencias entre mística y Zen, motivo por el que vamos a encontrarnos en muchas ocasiones con esta realidad. También actualmente el Zen ha adquirido mucha importancia en Occidente para los interesados por la mística. A partir de 1970 ha tenido lugar la aparición de un gran movimiento meditacional que congrega y motiva a hombres y mujeres, creyentes cristianos, judíos o musulmanes, a agnósticos o ateos. El Zen y el Yoga ya no son monopolio exclusivo de Oriente. Son patrimonio de la cultura mundial y son practicados no sólo por budistas e hindúes, sino por los occidentales, que encuentran en este método una manera de profundizar en su fe tradicional.

La meditación forma parte integrante y esencial de la cultura de Asia. Tanto si se trata de la práctica del Yoga en la India, del T'ai Chi en China o del Zen en el Japón. Por la meditación se accede al estado de «concentración de la mente» y se adquiere una gran capacidad psíquica. La meditación se desarrolla a partir de una base de virtud moral que sirve para consolidar el recto «esfuerzo» por el que se mantiene la vigilancia durante la meditación zen, la recta «atención», que le permite ver las cosas, sin juzgarlas, como si fuera la primera vez que las ve, como realmente son; y la recta «concentración», por la que la mente se libera de toda distracción y vacilación, alcanzando un estado unificado de quietud interior. Las tres funcionan como herramientas mentales para cultivar la mente y así desarrollar la sabiduría.

La jerarquía eclesialística tuvo que vencer muchos recelos para superar los prejuicios que existían sobre el Zen como camino místico. Fue el Concilio Vaticano II (1962-1965) el que con sus declaraciones de respeto a otras religiones, en concreto del Budismo y en consecuencia del Zen, favoreció que en años posteriores al concilio se efectuaran encuentros de monjes budistas y cristianos, compartiendo vida y experiencias, hasta entonces impensables. Desde entonces ha habido un cambio grande en Occidente motivado por el nombramiento como maestros Zen a occidentales y cristianos. Estos maestros acompañan a muchos, cristianos, agnósticos o ateos, en este camino espiritual y en sus enseñanzas van desgranando las riquezas de los místicos cristianos, entre los que ocupa un puesto principal san Juan de la Cruz, junto con las enseñanzas de los patriarcas del Zen.

La ayuda del maestro en el camino o proceso coincide con la convicción sanjuanista y la de toda la enseñanza mística cristiana, sufí y de otros caminos espirituales de la historia de la mística humana. En la meta —Kensho o iluminación— igualmente coincide en que al final

del camino hay un encuentro, que el Zen no hace ninguna referencia a Dios y las enseñanzas sanjuanistas sí se lo atribuyen, expresando sus experiencias místicas con los nombres bíblicos y de la fe católica.

El presente libro está organizado en seis capítulos. En el primero hacemos un análisis de la conflictividad social y religiosa de la época en la que vivió san Juan de la Cruz, la segunda mitad del siglo XVI, con sus manifestaciones de violencia y de paz. Momentos de reformas religiosas y de la Inquisición. De creatividad en los caminos espirituales y de sectarismos. De discusión y titubeos entre el Rey español y Roma, y de presiones para conseguir adhesiones de los reformadores de las distintas Órdenes religiosas. Y todo enmarcado en el Humanismo cultural y el descubrimiento del Nuevo Mundo.

En el segundo, presentamos sus datos biográficos. Hemos tenido un doble empeño en este apartado: Hacer una breve biografía sacada de las muchísimas hagiografías que existen, pues su vida santa fue el argumento al que recurrían, para demostrar que sus enseñanzas estaban en la ortodoxia. Para nosotros esta razón es más honda, pues partimos de que su vida, tan cercana a la realidad, era la fuente principal de inspiración de sus enseñanzas escritas. Como llevamos la intención de descubrir las señales de *paz* que haya en su comportamiento y en sus escritos, le hemos dedicado una mayor atención a las circunstancias más difíciles de su vida a causa de los problemas y de la violencia que padeció. También fijamos nuestra atención en las fuentes de las que bebió san Juan de la Cruz, que le posibilitaron el contenido que tiene para él el concepto de paz.

Los capítulos tercero, cuarto y quinto los hemos dedicado al estudio detenido de sus escritos, de los que sólo mencionaremos aquellos en los que aparece expresamente la palabra paz. En el tercero nos detenemos en sus escritos breves. Breves porque lo son en sí mismos y porque son pocas las referencias explícitas a la paz.

En el capítulo cuarto nos ocupamos de los tres que llama *Subida del Monte Carmelo* y los dos que titula *Noche Oscura del Alma*. Juntos aparecieron publicados desde el principio, y así los hemos tomado nosotros también. Falta en este conjunto el dibujo del *Monte de Perfección*, que apareció siempre al principio de estos cinco libros, pero nosotros lo hemos incluido entre los escritos breves, por serlo y porque tiene por sí mismo entidad.

En el capítulo quinto hemos abordado los libros *Cántico Espiritual* y *Llama de Amor Viva*. De ambos existen dos versiones (A y B). La

B, que al ser revisión de la A, se considera más completa, de ahí que hayamos centrado nuestra atención en la versión B. No obstante, en ocasiones algún texto de A ofrece alguna novedad, en cuyo caso lo abordamos.

En el capítulo sexto hemos dado un giro; si hasta ahora habíamos buscado el contenido de la palabra *paz*, en este capítulo hemos querido situarla en el lugar que ocupa en su sistema de pensamiento. Así encontramos, que la sitúa en el fondo del alma, donde mismo sitúa a Dios, experimentado en el interior de sí mismo. El hallazgo de la *paz* en el interior tiene dos momentos para el hombre comprometido con su interior, como un continuo vaivén: primeramente el recorrido ascético que hace hasta encontrar la *paz* en su interior y la consiguiente repercusión que la *paz* hallada tiene en el exterior de la propia persona y en el ambiente.

En un epílogo, a modo de conclusión, recogemos los resultados más sobresalientes de interrelacionar los hallazgos de nuestra investigación y la vida e inquietudes de las personas de nuestro tiempo.

Un Anexo con los textos sanjuanistas en los que aparece la palabra *paz*, al final del volumen, facilitará el trabajo de quienes quieran confrontarlo por ellos mismos.

Para finalizar queremos resaltar cómo el estudio de san Juan de la Cruz, tal como hemos ido indicando, debe de partir de aproximaciones «transculturales» y «transdisciplinares» y, en consecuencia, con capacidad de proyectarse hacia un futuro deseable, perdurable, justo, pacífico e imperfecto, pues no podemos olvidar que el futuro que estamos construyendo hoy está basado en nuestra comprensión del pasado...